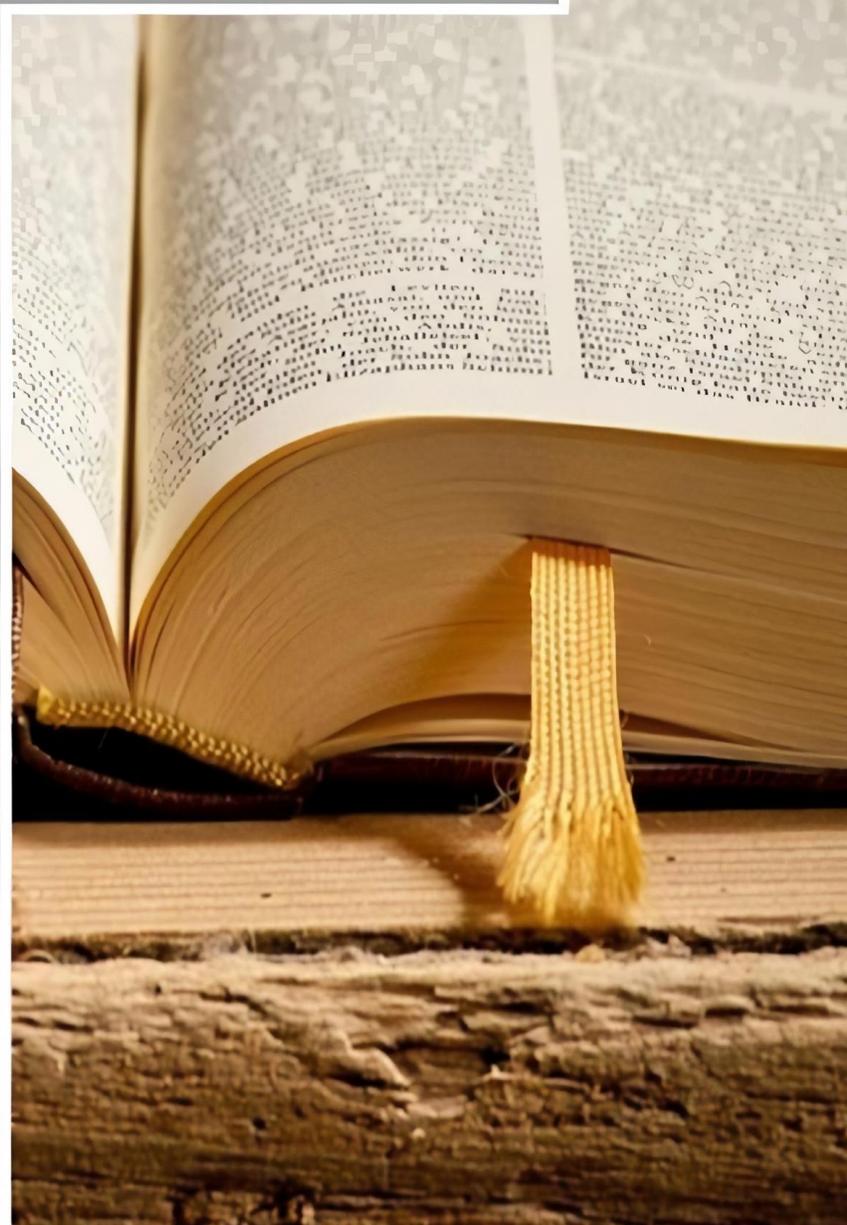




Revista Cristiana

NotasBiblicas

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. (2 Tim. 3:16-17 RVR 1960)



Editorial Notas Bíblicas
WWW.NOTASBIBLICAS.CL
email: contacto@notasbiblicas.cl

Publicación de Literatura y
Edificación Cristiana

La revista cristiana NOTAS BÍBLICAS tiene como propósito la edificación y la enseñanza Bíblica a todos los santos en Cristo de habla hispana, donde sea que se reúnan, el contenido de la revista se fundamenta completamente en las Sagradas Escrituras, la Biblia.

Se le ruega al lector cotejar todo el contenido de la revista con la Palabra de Dios, así podrá encontrar en mayor medida el disfrute de su lectura, ya que solo las Sagradas Escrituras es la única fuente de toda verdad divina para nuestra enseñanza.

Todas las citas Bíblicas serán extraídas de la versión “Reina-Valera 1960” a excepción de las publicaciones donde se indique a pie del contenido otras versiones de las Sagradas Escrituras citadas y que estarán entre paréntesis [*]

Nº Pág.	ÍNDICE:	CATEGORÍA:
3.	Editorial Cristiana Notas Bíblicas	Introducción a la revista
4.	La Biblia	Comentario Bíblico
5-6	Las tres Personas de la Trinidad	Expositivo
7-8	La palabra salvación en las Escrituras	Preguntas Bíblica
9-12	La oración de los justos	Vida Cristiana
13-22	Cantico nuevo	Profecía
23-30	Riquezas inescrutables [*]	Expositivo

[*] Nota: El ítem mencionado será la publicación de un libro capítulo a capítulo en cada edición.

Editorial Cristiana Notas Bíblicas

Presentación de la Revista Cristiana Notas Bíblicas.

Nota del Editor:

Estimado lector, es un agrado presentarles esta revista que lleva por nombre “Revista Cristiana Notas Bíblicas” es por la gracia de Dios, fuente donde surgió el deseo más profundo del corazón, poder hacer circular una revista de literatura y edificación cristiana, con el único fin de que las enseñanzas de las Escrituras puedan ser entregadas a todos los santos en Cristo en el idioma español.

Como se anuncia en la contratapa de esta revista, todo el contenido tiene como base las Sagradas Escrituras, no existe otro libro sobre la tierra en donde podemos conocer a Dios nuestro Padre y todo lo que Él ha hecho por nosotros en su Hijo Jesucristo, si no es solamente por medio de la lectura de Su divino contenido.

Esperamos que con este trabajo puedan sus corazones y mentes ir creciendo en el conocimiento de Dios y del Señor Jesús, de igual forma mediante esta revista encontrará algunos escritos, en fortalecer nuestro caminar en la tierra como creyentes en Cristo.

El estudio de la Biblia y la comunión con Dios, deben ser nuestro motivo preferente en la tierra, la Palabra de Dios es nuestra mayor arma en frente toda adversidad y su cuidadoso estudio será recompensado en gran manera por la eternidad, lectores cristianos que estas líneas sean de meditación y que el Señor pueda suplir lo que hace falta, para su mayor bendición.

Reciban un fraternal saludo en el amor de Dios en Cristo.

La Biblia

“!!Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! !!Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén. (Romanos. 11:33-36)

Este sagrado libro encierra en sí la mente de Dios, la condición del hombre, el camino de la salvación, el juicio final de impíos e incrédulos, y la felicidad eterna de los bienaventurados creyentes en Jesús. Sus doctrinas son santas, obligatorios sus preceptos, verdaderas sus historias, e irrevocables sus decisiones. Es menester leerlo para ser sabio, creerlo para ser salvo, seguirlo para ser santo.

Este libro da luz que ilumina, alimento que sustenta, consuelo que alegra. Es el mapa del viajante, el báculo del peregrino, la brújula del nauta, la espada del soldado y el diploma del cristiano. Este libro abre las puertas del cielo, al mismo tiempo que descubre la entrada al fuego eterno. Cristo es su asunto primario, nuestro bien es su objeto, y la gloria de Dios todo su fin. Debe ocupar nuestra mente, gobernar nuestro corazón, y dirigir nuestros pasos. Debemos leerlo con atención, frecuentemente, y orando mucho. Es un cofre de riquezas, un paraíso de gloria, un manantial de poder. Es dado a los hombres aquí en la vida, será registrado en el día del juicio, y su recuerdo durará por la eternidad. Envuelve una seria responsabilidad, recompensará el estudio más cuidadoso, y condenará a todos los que se mofan de su sagrado contenido.

Autor: J.N.D.

Las tres Personas de la Trinidad

(Padre, Hijo, Espíritu Santo)

Leer: (Romanos 8 – Lucas 15)

El capítulo 15 del evangelio según Lucas nos describe, en tres parábolas muy conocidas, la actividad de la gracia divina que acoge con gozo al pecador arrepentido, después de haberle buscado y encontrado. Ese capítulo subraya la parte que toman las tres personas de la Trinidad —**el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo**— en el cumplimiento de esta obra: la oveja devuelta a la casa, la dracma reencontrada y el hijo pródigo cubierto con el más bello vestido. Esta actividad es ejercida aún. Es incesante. Así como ella lo hizo para salvación de pobres pecadores perdidos, así se despliega seguidamente en favor de los creyentes durante todo el tiempo de sus vidas. Eso es lo que nos enseña el apóstol en Romanos 8.

Si no hay para nosotros ninguna condenación, es porque a su debido momento **Dios el Padre**, “enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (v. 3). El Padre “no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (v. 32). Ahora que nos ha adquirido para sí mismo a semejante precio, somos caros a su corazón y nos da con liberalidad todo lo que él sabe que nos es bueno y útil. “Dios es por nosotros” (v. 31). Somos los objetos de su amor infinito e invariable. Cuando éramos sus enemigos, nos dio a su Hijo; ¿cómo podría hoy rehusarse a responder a las necesidades de sus amados hijos? No solamente su amor se ejerce a nuestro favor, sino que también su poder está a nuestra disposición: desde el momento que Dios es por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¿Quién podría arrebatarnos de sus brazos o impedirle que nos colme de los dones de su gracia? ¡“Dios es por nosotros”! Pero también “Dios es el que justifica” (v. 33). ¿Qué pueden los acusadores y las acusaciones cuando es el Juez mismo quien justifica? El acusador de los hermanos (Apocalipsis 12:10) ¿no tendrá la boca cerrada? El sumo sacerdote Josué no interviene ni una sola vez para justificarse; es Dios mismo quien lo hace, reduciendo a silencio al que estaba allí “para acusarle” (Zacarías 3:1-5). Como estamos justificados ante Dios por la fe en Cristo, a causa de Cristo, Dios nos justifica si alguien quiere acusarnos. ¿Qué, pues, tendremos que temer?

“**Cristo** es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios”. Vela sin cesar por aquellos a los que ha rescatado. “Intercede por nosotros” (Romanos 8:34). ¡El Señor cuida de nosotros en medio de nuestras dificultades, luchas y pruebas, llevándonos en su corazón y orando por cada uno de los suyos! Cumple este oficio sacerdotal en el que ha sido establecido, en el que es fiel y en el que se nos exhorta a considerarlo (Hebreos 3:1-2). Vive siempre para interceder por nosotros, y puede salvar perpetuamente —hasta el final— a todos los que se acercan a Dios por medio de él (7:25). Por eso, acerquémonos con confianza al trono de la gracia, porque tenemos un gran Sumo Sacerdote, Jesús, el Hijo de Dios. ¡Tendremos el oportuno socorro! (4:14-16).

El Espíritu Santo es una persona divina en la tierra, enviada por el Padre y el Hijo (Juan 14:26; 15:26; 16:7) para tomar nuestra causa en sus manos. Él es el Consolador, “otro Consolador” (14:16). Podemos decir de él: «Es alguien que sostiene la causa de una persona, que viene en su ayuda y le asiste». En Romanos 8:1-10, el Espíritu Santo nos es presentado como quien nos comunica una vida nueva, la vida de Dios; en los versículos 11-27, como quien mora en nosotros. Al morar en nosotros, él es la garantía de que nuestros cuerpos mortales serán vivificados (v. 11); la fuerza para subyugar la carne (v. 13 y Gálatas 5:16 y siguientes); la dirección en nuestro andar, a fin de que manifestemos aquí abajo el carácter de hijos de Dios (v. 14); el testimonio de nuestra adopción (v. 15-16); las primicias de lo que esperamos: la salvación del cuerpo (v. 23); el sostén de nuestra debilidad, Aquel que intercede por nosotros en la tierra, mientras Cristo intercede por nosotros en el cielo (v. 26-27).

¡Divina y preciosa actividad la del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ¡un solo Dios en tres personas! ¡Nosotros somos aquellos en favor de los cuales se ejerce esta actividad de manera incesante! Meditémoslo con oración.

A través de nuestras circunstancias tan difíciles —incluso angustiosas para muchos— en medio de este mundo desconcertado, en el gran desasosiego de los hombres y las cosas, ¿no hay con qué llenar nuestros corazones de paz y confianza? En presencia de todo lo que nos rodea, a menudo nos sentimos tentados de exclamar: “¡Ah, señor mío! ¿qué haremos?”. Repitémonos uno a otro, para sentir coraje y gozo: “No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos” (2 Reyes 6:14-16).

Autor: P.F.

La palabra salvación en las Escrituras

Y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa. (Hechos 16:30-31)

Pregunta: ¿Cuáles son, en la Escritura, los diferentes sentidos de la palabra «salvación»?

Respuesta: En la Escritura, la palabra «salvación» se emplea en diferentes sentidos. Es importante que no los confundamos y que no omitamos ninguno de ellos, pues debido a ello, muchas almas llegan a turbarse o inquietarse.

1.- **La salvación del alma.** Cuando, en la cárcel de Filipos (Hechos 16) el carcelero, espantado y temblando se postró a los pies de Pablo y de Silas diciéndoles: "¿qué debo hacer para ser salvo?", ellos contestaron: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo." Así es como Jesús da al alma que gime bajo el peso de sus pecados una salvación perfecta y eterna, adquirida en la cruz del Calvario. Es la maravillosa certidumbre que nos da (Juan 3:36), "El que cree en el Hijo tiene vida eterna."

Es bueno que el alma que cree en Jesús como Salvador comprenda también la verdad siguiente: que su salvación no descansa sobre sus propios méritos o sus sentimientos, sino únicamente sobre la obra de Cristo; y esta obra ha satisfecho completamente a todas las exigencias de la justicia divina. Dios ha dado la prueba de su entera satisfacción, resucitando a Jesús de los muertos. De manera que, para la fe, Cristo resucitado es la prueba de nuestra perfecta justificación delante de Dios. (Romanos 4: 24-25).

2.- **La salvación del andar del cristiano.** La Palabra nos habla de otra salvación, en la cual la responsabilidad del creyente juega un papel importante. Aquel que, redimido por la sangre de Cristo, ha llegado a ser un hijo de Dios, corre a cada instante el peligro de caer en las numerosas trampas que Satanás y el mundo ponen en su camino. Debe tener mucho cuidado en «mirar con diligencia como anda.» (Efesios 5:15). Es en el mismo sentido que el apóstol Pablo decía a los Filipenses: "ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor." (Filipenses 2:12). Él había combatido juntamente con ellos (Filipense 1: 27-30), y luego, durante su ausencia, ellos mismos tenían que trabajar, no para conseguir la posición de hijos

de Dios, adquirida por la obra de Cristo, sino para alcanzar cada día la victoria sobre el enemigo hasta el fin de su carrera en este mundo.

Es, también, en este mismo sentido que el apóstol escribía a Timoteo: "Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello; pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren." (1 Timoteo 4:16).

Aunque nuestra responsabilidad interviene en esta salvación, no olvidemos nunca que sólo la realizaremos contando con «Aquel que es poderoso para guardarnos sin caída.» (Judas 24).

3.- La salvación (o redención) de nuestros cuerpos. Otra salvación es prometida a los que han aceptado a Jesús como Salvador. Es la "redención de nuestro cuerpo", la cual deseamos ardientemente, gimiendo dentro de nosotros mismos. El apóstol habla de dicha salvación en Romanos 8:23. Esta salvación del cuerpo es también obra de Cristo. Será completamente realizada cuando Cristo vuelva para buscar a los suyos. "Así también Cristo, habiendo sido ofrecido una sola vez, para llevar los pecados de muchos, la segunda vez, sin pecado, aparecerá para la salvación de los que le esperan." (Hebreos 9:28 VM). Actualmente, esta salvación es el objeto de la fe del creyente: "porque en esperanza somos salvos" (Romanos 8:24 - RVR1909), y es lo que le desprende, le aparta de las cosas terrestres y le hace fijar los ojos en un Salvador resucitado, ahora en los cielos, pero que volverá en breve. "Porque, al contrario de ellos, nuestra ciudadanía está en los cielos; desde donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo; el cual transformará nuestro vil cuerpo, para que sea hecho semejante a su cuerpo glorioso." (Filipenses 3: 20, 21 - VM). ¡Qué maravillosa esperanza

Autor: Anónimo.

[*] Notas y otras versiones citadas de las Sagradas Escrituras.

RVR1909 = Versión Reina-Valera Revisión 1909 (con permiso de Trinitarian Bible Society, London, England)

VM = Versión Moderna, traducción de 1893 de H.B.Pratt, Revisión 1929 (Publicada por Ediciones Bíblicas - 1166 PERROY, Suiza)

La oración de los justos

Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. (Santiago 15-16)

En las Escrituras, Abraham recibe un título que no le es dado a ningún otro: "amigo de Dios". Esto sucede en tres oportunidades.

En 2 Crónicas 20:7 su amistad es vista en relación con la victoria sobre el enemigo.

En Isaías 41:8 su amistad es vista en relación con la fidelidad de Dios.

En Santiago 2:23 su amistad es vista en relación a una vida vivida por fe.

El título "amigo de Dios" que recibe Abraham es una recompensa a su obediencia.

"Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer". (Juan 15:13-15)

Y ya que Abraham es considerado amigo de Dios, el Señor no le escondió lo que iba a hacer. Salmos 25:14 nos dice: "La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, Y a ellos hará conocer su pacto".

El nombre Jehová, utilizado en este versículo, aparece siete en esta porción. Hace referencia a Dios como aquel que guarda el pacto, quien desea tener una relación estrecha con sus hijos.

En Génesis 18:18-20, hay tres cosas que Dios dice sobre Abraham que haríamos bien considerar: Grandeza en potencia, intimidad personal y una marcada obediencia. Debido a la estrecha relación, relación de Abraham con Dios, como su amigo, ¡él podía tener comunión con Él como la que cualquiera de nosotros tiene con sus amigos! Jehová le ponía especial atención a lo que decía.

La intercesión de Abraham y el momento en que esta aconteció

¿Dónde estaba Abraham? Junto a los árboles de Mamre. Mamre significa "fuerza" o "que causa gordura". Era un lugar de fortaleza para Abraham. Era el lugar a donde movió su tienda luego de que Lot eligiera las llanuras bien regadas de Sodoma y Gomorra (Génesis 13).

¿Dónde estaba Lot? Génesis 19:1 nos dice que estaba a la puerta de Sodoma. ¿Pero cómo llegó a ese lugar? Lot no fue directamente hacia Sodoma, sino que tuvo una progresión descendente. Primero puso su tienda bien lejos de Sodoma. Primero comenzó como una amistad casual con el mundo, pero pronto Lot comenzó a mancharse con el mundo (Santiago. 1:27). Y luego comenzó a ser igual al mundo (Romanos. 12:1-2). Sin duda que, tratando de marcar una diferencia, pues estaba sentado a la puerta (un lugar público y de autoridad).

Santiago 4:4 nos recuerda que "la amistad del mundo es enemistad contra Dios". 1 Juan 2:15 nos recuerda que la amistad con el mundo nos conduce a amar las cosas de este mundo.

Pero si vamos a ser como Abraham, debemos poner nuestras tiendas sobre el lugar de la fortaleza, Mamre, junto al encinar. Estos robles nos recuerdan la cruz, y cómo esta debería afectar nuestra relación con el mundo.

"Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo." (Gálatas 6:14)

Si queremos ser amigos de Dios, entonces debemos acudir al lugar de la fortaleza. Lot no podía interceder por las personas de Sodoma y Gomorra porque él no era, moralmente hablando, la persona adecuada, ¡Pero Abraham sí podía! Esta puede ser una aplicación a 1 Timoteo 2:8: "Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda".

La naturaleza de su intercesión

Esta es la primera vez que leemos de una oración de intercesión en la Biblia. Interceder es rogar por el caso de otra persona, es «ponerse entre». Abraham tenía un corazón como el del profeta Samuel, quien dijo: "Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto" (1 Samuel 12:23).

Veamos algunas características de la oración de intercesión:

1. Su oración fue una oración justa, lo que significa que estaba preocupado por la gloria de Dios (Genesis 18:19, 23, 24, 25, 28).
2. Él apeló al justo carácter de Dios (Genesis 18:23, Deuteronomio. 32:4).
3. Su oración fue en humildad (Genesis 18:27,32. Isaías. 6:2, 66:2, 57:15. 1 P. 5:5).
4. Su oración fue una oración compasiva.
5. Él fue sincero y perseverante en la oración, intercedió 6 veces por las ciudades; primero empezó orando por 50 almas, luego 45, 40, 30, 20, hasta llegar a 10. Abraham dejó de pedir antes que Dios dejara de dar.
6. Su oración fue audaz (Hebreos 4:16).
7. Su oración fue una oración solitaria. Piensa en el Señor en Marcos 1:35, cuando se alejó a orar a un lugar solitario; o en Marcos 6:46, cuando envió a sus discípulos en barca a Betsaida para poder ir a orar; o también en Lucas 5:16 cuando se retiró al desierto para orar.
8. Abraham se mantuvo firme en la brecha: "Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé" (Ezequiel 22:30).
9. Oró con confianza (Génesis. 18:33), sin titubear (Santiago. 1:6-8).

Los resultados de su intercesión

¡Cuando intercedemos, confiamos en que Dios va a obrar!

"Confía en Jehová, y haz el bien; Y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad. Deléitate asimismo en Jehová, Y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, Y confía en él; y él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, Y tu derecho como el mediodía. Guarda silencio ante Jehová, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, Por el hombre que hace maldades". (Salmo 37:3-7)

En esta porción hallamos tres principios importantes acerca de la justicia:

El justo practicará y enseñará la justicia de Dios (Genesis. 18:19).

El fundamento de aquella petición era la justicia de Dios (Genesis. 18:25)

Un pequeño número de creyentes justos pueden tener una buena influencia (Genesis. 18:32).

Como hemos dicho, la palabra interceder significa «ponerse entre». Cuando nosotros, como cristianos, nos convertimos en intercesores, nos volvemos en personas que «se ponen entre». Nos convertimos en aquellos que se posicionan en la brecha existente entre el Dios Todopoderoso y la gente necesitada. Cuando intercedemos por alguien más, estamos imitando al Señor Jesucristo. Él es nuestro mediador, nuestro defensor, nuestro Sumo Sacerdote y nuestro "Mediador" (1 Timoteo 2:5. 1 Juan 2: -2. Hebreos 7:25, 4:15-16). Jesucristo es nuestro intercesor a la diestra de Dios.

"Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos". (Hebreos 7:25)

"Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios". (Hebreos 9:24)

"¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros". (Romanos 8:24)

Entendemos que no podemos ser «mediadores» en lo que respecta a la reconciliación de los hombres perdidos con Dios. Pero podemos ser intercesores que, como Abraham y como el Señor Jesucristo, permanecieron en la brecha por quienes lo necesitaban.

Autor: T.H.

El cántico nuevo

Leer: (Apocalipsis 15)

La expresión: “cántico nuevo”, más de una vez ha llamado la atención de los que estudian la Palabra de Dios, particularmente de aquellos que examinan los temas proféticos. Sus pensamientos al respecto no han podido satisfacernos por completo. La idea predominante en algunos y que, por incompleta que sea, se acerca más a nuestra conclusión, es que el “cántico nuevo” celebra el carácter del Señor como triunfador.

Será fácil demostrar que esta interpretación carece de precisión y que está lejos de responder enteramente al pensamiento que expresan las palabras “cántico nuevo”. Pienso que el estudio de los diversos pasajes donde leemos este término, nos conducirá a hallar una interpretación más precisa. En este pequeño trabajo, el autor no se propone ofrecer solamente un alimento intelectual, eso sería contrario a su pensamiento. Por el contrario, desea que sirva para la edificación de las almas, impulsándolas a apreciar más las múltiples glorias de nuestro adorable Señor y Salvador.

Antes de presentar nuestra conclusión, examinaremos, tan brevemente como nos sea posible, todos los pasajes donde se encuentra esta expresión.

Apocalipsis 5

“Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos” (v. 9).

Comenzamos nuestro estudio considerando este capítulo, porque en él hallamos expresado muy claramente: 1.º) el medio en el que se canta el cántico nuevo; 2.º) las personas que lo cantan y 3.º) el contenido del cántico y el Objeto que celebra. De manera que en estos versículos se encuentra «el cántico nuevo modelo», si nos atrevemos a hablar así.

En primer lugar, vemos que el escenario en donde se entona es el cielo. Allí se encuentra establecido el trono de Dios, en medio del cual se ve al Cordero inmolado.

En segundo lugar, notamos que aquellos que entonan el cántico nuevo son los santos glorificados, vistos anticipadamente, ya completado su número, teniendo el cielo como domicilio eterno y establecidos cada uno en su propio trono. Estos santos, con los cuatro seres vivientes, componen el conjunto de los redimidos celestiales, resucitados y glorificados; es decir, de todos aquellos que, desde la

caída, han heredado la salvación, hasta el momento en que comiencen a desarrollarse los eventos proféticos del fin.

Estos santos glorificados pueden alabar con inteligencia a Aquel que murió por ellos y que por su resurrección les adquirió el glorioso lugar que ocupan para siempre. Ellos son reyes y sacerdotes, compañeros de Aquel que ejerce la realeza y el sacerdocio supremos. Aunque su reino celestial es el tema prominente, no se omite la mención del reino del cual participarán (y aun otros con ellos): “Y reinarán sobre la tierra” (v. 10, VM). Esta parte aún es futura; en este pasaje, los ancianos aún no ocupan el departamento terrenal del reino, pero ya se encuentran en el departamento celestial, lo cual es algo muy superior.

En tercer lugar, vemos que el Objeto del cántico nuevo es Él, y sólo Él, el Cordero inmolado, establecido públicamente como el centro eterno de todas las cosas. En cuanto a su contenido, el cántico nuevo celebra a Cristo como aquel que, por su sacrificio, obtuvo la victoria completa sobre el poder del enemigo, a fin de comprar para Dios, mediante su sangre, a una multitud de adoradores. Sin embargo, como lo hemos dicho, el cántico nuevo, que manifiesta tantas cosas, no expresa aquí la relación definitiva entre los rescatados y la esfera terrenal, pues se limita a decir: “Reinarán sobre la tierra.” Cristo mismo venció para abrir el libro y desatar los sellos, es decir, para dar libre curso a los juicios que librarán a la tierra; pero en el capítulo 5, su reino, así como el de los santos, el cual depende de él, no se ve establecido aquí abajo.

Esto sólo puede tener lugar mediante los juicios que tendrán que caer. No es aquí, sino en el capítulo 19 de este libro, donde lo vemos aparecer personalmente sobre la tierra, como juez. Como Rey, su relación con su pueblo se encuentra caracterizada aquí por estas palabras: “El León de la tribu de Judá, la raíz de David” (v. 5), pero este triunfador real nos es presentado bajo aspectos más elevados, y que dan expansión al cántico nuevo, es decir, presentándolo como aquel que tiene derecho a todo dominio en el cielo y en la tierra, por el sacrificio que destruyó el poder de Satanás y libró, para siempre, de este cruel enemigo a los santos glorificados.

Los santos que hoy estamos en la tierra, mientras esperamos la venida del Señor, no participamos de esta escena sino en esperanza, pero ya podemos anunciar anticipadamente el cántico nuevo de Apocalipsis 5, porque, aun cuando todavía estamos en nuestro estado de imperfección, hemos resucitado con Cristo y pertenecemos, por el Espíritu, a la escena que ocupa nuestro Salvador glorificado.

Consideremos ahora el cántico nuevo, tal como los Salmos nos lo presentan. Primeramente, es preciso hacer una observación muy importante: en los Salmos, el “cántico nuevo” no es cantado en el cielo, sino en la tierra, donde el reino de Cristo está establecido o a punto de establecerse. Quiero decir que, cuando es entonado en

la tierra, está próxima a revestir un nuevo carácter o ya lo ha revestido. La tierra no es más el lugar donde se manifiesta el mal y el alejamiento de Dios —un escenario en medio del cual vivimos ahora—, ni donde Satanás es el príncipe que la domina. La tierra, semejante a un tapiz al que se le sacuden sus impurezas y se le barre la suciedad, es renovada mediante el juicio, para convertirla en el estrado de los pies del Eterno; en una palabra, se encuentra libre del poder de Satanás, quien estará atado por mil años.

Es necesario que, habiendo tenido lugar este gran evento, la creación actual se encuentre en condiciones dignas de recibir al Rey que asume su reinado. En su proyección histórica, el “cántico nuevo” en los Salmos se verifica después del que menciona Apocalipsis 5, el cual celebra en el cielo el día futuro en que el Señor toma el libro y rompe los sellos para dar libre curso a los juicios que prepararán Su reino en la tierra.

Salmo 33

“Alegraos, oh justos, en Jehová; en los íntegros es hermosa la alabanza. Aclamad a Jehová con arpa; cantadle con salterio y decacordio. Cantadle cántico nuevo” (v.1-3).

Este Salmo es la continuación del Salmo 32, donde, en virtud de la obra de la cruz, aplicada a los culpables que confiesan sus pecados ante Dios, oímos a éstos cantando “cánticos de liberación” (v. 7). El alma es librada de toda su culpabilidad; Dios mismo perdonó la maldad de su pecado (confiérase. 32:5). Ella rebosa de gozo; el pecador se ha convertido en un “justo”, en virtud de la confesión de los pecados (véase 32:1, 11; 33:1). Entonces resuena el “cántico nuevo” (33:3).

El Salmo que estamos considerando tiene cierta analogía con el capítulo 5 del Apocalipsis. En estos dos pasajes, el fundamento de todo es la redención, pero en Apocalipsis la escena es celestial y en el Salmo es terrenal. En virtud de la redención, el dichoso rescatado es introducido en la escena de la tierra milenial, como testigo de la “justicia y juicio; de la misericordia de Jehová” (v. 5), misericordia que reposa sobre los redimidos que han esperado en Él (v. 22); sobre una escena en la que Jehová es temido universalmente (v. 8); donde el corazón de todos ellos fue formado por Él (v. 15); donde todos los suyos “esperan en su misericordia” (v. 18) y se regocijan en Él (v. 21). En virtud de la redención, Jehová eligió un pueblo como heredad (v. 12). Él, el Creador, lo introdujo en la bendición completa sobre la tierra, después de haber disipado el consejo de las naciones (v. 10).

Este Salmo nos presenta, pues, tres cosas ya señaladas en el capítulo 5 de Apocalipsis: una escena nueva: la tierra, llena de la misericordia de Jehová; un pueblo nuevo, justo y recto de corazón, y un cántico nuevo, que celebra los

resultados de una obra recibida por la fe, es decir, la redención, el perdón de la transgresión, el pecado cubierto y la conciencia purificada, que es la base de todas las bendiciones futuras.

Salmo 40

“Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios” (v. 3).

Este Salmo no nos habla propiamente de la muerte de Cristo, es decir, de la obra redentora cumplida en la cruz. En él vemos a Cristo, viniendo como hombre, perfectamente obediente, para hacer la voluntad de Dios, sustituyendo los sacrificios de la ley, los cuales no agradaron a Dios, viniendo a ser Él mismo el sacrificio y llegando hasta hacer suyas las iniquidades de aquellos a quienes venía a salvar. Así, Dios le respondió por la resurrección: “Me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña” (v. 2). Esta posición en la que se halla como Hombre resucitado, la comparte con los suyos. Él mismo es el que entona un cántico nuevo, apropiado para la nueva posición que ocupa por su resurrección, un cántico en el cual Dios es el objeto.

La victoria celebrada es, pues, la resurrección, más bien que la obra de la redención cumplida en la cruz, de la que nos habla Apocalipsis 5 y los Salmos 32 y 33. Los santos participan de esta victoria; por eso está escrito que el cántico nuevo, entonado por Cristo hombre, es la “alabanza a nuestro Dios”. El tema del cántico es la exaltación del nuevo carácter manifestado por Dios, que ha triunfado de la muerte con poder, resucitando al hombre Cristo Jesús y les da la misma posición a aquellos a quienes vino a salvar, tomando el lugar de ellos.

En el Salmo 40, los santos no están en la nueva tierra, como en el Salmo 33, pero Cristo es transportado por la resurrección a una nueva escena, e introduce allí a los suyos. Éstos participan de una vida totalmente nueva, de una vida de resurrección a la cual conviene un cántico nuevo. Cristo ha entrado en esta nueva escena y allí ha hecho participantes a aquellos a quienes redimió. Éstos se encuentran en una nueva condición, obtenida por la resurrección de Cristo.

Para el creyente de hoy es igual. La escena en la cual se encuentra corporalmente no ha cambiado. Sin embargo, Cristo está allí, en medio de los suyos, habiéndolos asociado a Su vida de resucitado ante el Dios suyo y de ellos, en una relación totalmente nueva en la cual Él ha entrado como hombre. Este Salmo nos hace pensar, en alguna medida, en los cuarenta días que Cristo anduvo en la tierra, después de su resurrección. 1.º) Para Él la escena va a cambiar, y también para nosotros. 2.º) El carácter de Dios es exaltado por haber terminado con nuestra antigua posición, mediante la resurrección. 3.º) El “cántico nuevo” celebra esta victoria, dada por Dios al Hombre obediente hasta la muerte. En este Salmo, Cristo

exalta solamente a Dios (no al Padre, lo cual es privativo del Nuevo Testamento), e Israel lo alaba con Él.

Salmo 96

“Cantad a Jehová cántico nuevo; cantad a Jehová, toda la tierra” (v. 1).

Primeramente, señalemos que los Salmos 93 a 100 se relacionan con el establecimiento del reino de Cristo en la tierra. Las palabras: “Jehová reina”, son como el leitmotiv de esta serie de Salmos (véase 93:1; 96:10; 97:1; 99:1). Este reino está basado en los juicios ejercidos sobre los enemigos de Cristo (Salmo 94; 97:2-5), porque el mal tiene que desaparecer para dar lugar al establecimiento de un reino de paz y de justicia bajo el cetro del Mesías.

En el Salmo 95, el remanente, que es el nuevo Israel, va con gozo y alabanza al encuentro del Rey que asume su reino. El corazón de los fieles ha cambiado, pero ellos son exhortados a no hacer más lo que antaño había hecho el pueblo en Masa y Meriba, y a no endurecer sus corazones.

En el Salmo 96, el cual estamos considerando, notamos que el remanente fiel ya ha visto la gloria, cuando el Señor se hubo manifestado a su pueblo, asentando sus pies en el monte de los Olivos (Zacarías 14:4); entonces, los mensajeros de Israel van a proclamar esta gloria entre las naciones (v. 3), a fin de que ellas se apresuren a abandonar sus ídolos y se sometan a Aquel cuyos enviados proclaman la ascensión de su reino (v. 10). El reino aún no está establecido, pero el Señor viene a establecerlo como lo dice el v. 13: “Delante de Jehová; porque viene, sí, porque viene a juzgar la tierra; ¡juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad!” (VM). Éste es el cántico nuevo de las naciones.

A continuación, en el Salmo 97, notamos que el reino se establece. Ya no se ve al remanente diciendo: “Proclamad entre las naciones su gloria”; el texto va más lejos y expone que todos los pueblos ven su gloria (v. 6). Ellos abandonan la idolatría (v. 7), para servir a Aquel que es “excelso... muy exaltado sobre todos los dioses” (v. 9).

Los Salmos 96 y 97 celebran, pues, la inauguración del reino. De allí en adelante, nada podrá oponérsele. Es el maravilloso momento de la salida del Sol de justicia. Se verifica para todos un cambio completo de escena. La aparición de la luz disipa la noche para el Israel de Dios, así como para las naciones y para toda la tierra. De allí en adelante ya no se puede volver al cántico antiguo como, por ejemplo, el cántico de Moisés en el mar Rojo (Éxodo 15), por precioso que haya sido. Este último celebraba la victoria de Jehová sobre Egipto, para atraer al pueblo a Sí mismo y guiarlo en el momento de emprender el viaje por el desierto que había de introducirlo en la tierra prometida.

Aquí, después de haber obtenido la victoria, el cortejo triunfal va delante del vencedor que viene. El Rey aún no se ha sentado en su trono, pero lo hará con la majestad de su poder y con la grandeza de la liberación. que trae. Las naciones, la “gran multitud, la cual nadie podía contar” (Apocalipsis 7), habrán escuchado el Evangelio del reino.

Salmo 98

“Cantad a Jehová cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su diestra lo ha salvado, y su santo brazo” (v. 1).

En este pasaje, el cántico nuevo no celebra, como en el Salmo 96, lo que ha de realizarse, sino lo que Jehová ha hecho: “Ha hecho maravillas”; “ha hecho notoria su salvación; a vista de las naciones ha descubierto su justicia” (v. 1, 2). Él es el Rey, Jehová; y viene para establecer su gobierno: “Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud” (v. 9).

En los Salmos siguientes (99 y 100), Él está en Sion, sentado en su trono entre los querubines. Él ama la justicia; establece la rectitud, ejerce el juicio y la justicia en Jacob. Ya no es Él el que viene, sino que toda la tierra viene ante Su presencia, con cánticos de triunfo (Salmo 100:2). Entonces resuena el himno que, personalmente, me gusta llamar «el himno de la inauguración del reino»: “Alabadle, bendecid su nombre, porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia” (Salmo 100:5).

En resumen, aunque la escena milenial se vea plenamente establecida recién en los Salmos 99 y 100, la escena ya es totalmente nueva en los Salmos 96 y 98, donde se entona el cántico nuevo. El juicio ya ha tenido lugar y la gloria apareció ante los ojos del verdadero Israel; las naciones han recibido el Evangelio del reino; Cristo ya tiene un pueblo bien dispuesto; Él aparece en santa magnificencia y el rocío de la juventud brota desde el seno de la aurora. Si la escena es nueva, vemos que también está poblada de nuevos seres que exaltan la santidad del verdadero Rey, en el momento que va a sentarse entre los querubines en el monte de la santidad de Dios.

Salmo 144

“Oh Dios, a ti cantaré cántico nuevo; con salterio, con decacordio cantaré a ti” (v. 9).

Este Salmo se expresa en medio de la tribulación (véase los Salmos 137 a 143) y manifiesta sólo el deseo de ser librado y de llegar, finalmente, a la bendición milenial, bajo el glorioso reino del Mesías. Jehová intervendrá ejecutando su venganza y su juicio; será reconocido por todo su pueblo y la paz y la prosperidad

serán proclamadas sobre la tierra renovada. “Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová” (v. 15).

Salmo 149

“Cantad a Jehová cántico nuevo; su alabanza sea en la congregación de los santos” (v. 1).

Este Salmo es, por así decirlo, el aleluya del cántico nuevo. No lo entonan las naciones, sino sólo el Israel de Dios; resuena únicamente en la congregación de los santos (khasidim), de la boca de los hijos de Sion, en la tierra, como en Apocalipsis 5 lo hace de la boca de los santos celestiales, resucitados y glorificados. Como sucede con la Iglesia vista en el Apocalipsis, a estos santos de Israel se les da un lugar de intimidad y de comunión especial con el Rey. Esto es muy bello, como suprema expresión del cántico nuevo en los Salmos. Israel, que ha sido objeto especial de los caminos de Dios, de sus juicios gubernativos y de sus liberaciones, tiene derecho a la expresión más elevada y a la armonía más íntima de la alabanza en la tierra: “Regocíjense los santos por su gloria” (v. 5).

Pero no olvidemos que la diferencia entre este cántico y el del capítulo 5 del Apocalipsis es tan grande como la diferencia que existe entre la tierra y el cielo. En este Salmo no vemos al Cordero inmolado, quien llevó a cabo la redención, e hizo a sus amados reyes y sacerdotes para que reinen en la tierra, sino que vemos al Señor de gloria, resplandeciendo en su reino y armando a los suyos con espadas de dos filos para combatir y aniquilar todo poder que intentara levantarse contra Él.

Todo lo que acabamos de ver prueba, como lo hemos dicho, que el cántico nuevo tiene diferentes caracteres, los cuales no sólo se manifiestan según las diferentes escenas en que se cante —ya sea celestial o terrenal—, no solamente lo hacen en concordancia con las diferentes personas que lo entonan —que pueden ser los santos resucitados o Israel o bien las naciones—, sino que también dicho carácter difiere si al entonarse se dirige al Cordero inmolado que venció en la cruz a Satanás, o al Hijo del Hombre resucitado e introduciendo a los suyos en Su misma gloria, o, finalmente, si se dirige al Hijo de David estableciendo su reino en la tierra.

A Israel le corresponde ejercer el juicio como pueblo terrenal, mientras que el pueblo celestial también lo ejercerá, pero de una manera mucho más elevada que Israel, a quien no se le dice, como a la Iglesia: “Yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regiré con vara de hierro, y serán quebrantadas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre” (compárese el Salmo 2:9 con Apocalipsis 2:26-27).

Isaías 42

“Cantad a Jehová un nuevo cántico, su alabanza desde el fin de la tierra” (v. 10).

En este capítulo vemos, en primer lugar, a Cristo como hombre y siervo, habiendo venido al mundo en humillación, pero plenamente aprobado por Dios. Él no detendrá su obra emprendida en medio del mal, hasta que haya traído justicia por medio de la verdad (v. 3), y “establezca en la tierra justicia” (v. 4). De parte de Jehová será puesto “por pacto al pueblo” y “por luz de las naciones”. Lo que Él comenzó aquí abajo con humillación, terminará con gloria, la gloria de Jehová, que él no dará a otro (v. 8). “Las cosas primeras” se cumplieron cuando Cristo estuvo en la tierra; ahora comienzan las “cosas nuevas” (v. 9).

Entonces, desde el fin de la tierra, en el mar y las islas, en el desierto y sus ciudades, en las aldeas de Cedar, en las rocas, en las cumbres de los montes, en una palabra, por todo lugar en el mundo habitado, resuena el Cántico nuevo. Es el cántico de la liberación; el juicio se ejecuta, las tinieblas cambian en luz y lo escabroso en llanura (v. 16). Es la realización universal de lo que Juan el Bautista había anunciado al pueblo (Lucas 3:4-6), y que estaba mencionado en el capítulo 40 de Isaías. Es también la realización de lo que se nos describe detalladamente en los Salmos.

Pero aquí la escena es aún más amplia. Ya no se trata del rey asumiendo su reino. La nueva escena nos muestra al mundo habitado y librado del yugo de Satanás, una escena en que el carácter de todos ha cambiado habiendo sido trasladados de las tinieblas a la luz, pasando de la esclavitud a la libertad y manifestando el gozo que llena cada corazón.

El nuevo carácter que Cristo reviste en este pasaje consiste en que él, el Hijo del Hombre humillado en el pasado, el Siervo fiel, ahora es elevado al trono de la gloria y del poder divino, y es reconocido como Libertador universal por todos los pueblos, por la tierra entera, por su pueblo que, habiendo sido ciego, ahora ve; un pueblo que, habiendo estado cautivo, fue puesto en libertad; que era sordo, pero que ahora oye; que era objeto de ira, pero que ahora es objeto de misericordia.

Considerar en estos versículos los contrastes que nos presentan, mostrándonos la humillación de Cristo en el pasado y luego su exaltación al trono universal, es algo hermosísimo. Pero en ellos no vemos a Cristo en su carácter de víctima, como en el Salmo 33:1, o a Cristo el Cordero inmolado, como en Apocalipsis 5, sino que vemos más bien al humilde Siervo que, habiendo acabado su tarea, domina el mundo entero al cual ha transformado en una escena de luz y de verdad, de justicia y de libertad, para la gloria de Dios.

Antes de presentar la conclusión de este escrito, examinemos aún el segundo pasaje del Nuevo Testamento, en donde se menciona el cántico nuevo.

Apocalipsis 14

“Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos” (v. 3).

Este pasaje describe una nueva escena —esencialmente judía en cuanto a su carácter— que da lugar al cántico nuevo. No se trata del cielo abierto, como se ve en el capítulo 5 de este mismo libro, ni de la tierra purificada para el establecimiento del reino de Cristo, como lo vemos en los Salmos, sino que hallamos la relación íntima entre la escena terrenal y la escena celestial, presentada por anticipado, es decir, antes del momento de su cumplimiento histórico.

La unión de estas dos escenas constituye una nueva escena y justifica así la introducción del “cántico nuevo”.

Además, como rasgo distintivo, ellas nos presentan una parte del pueblo elegido, es decir, el remanente de Judá, situado en el cielo, mientras que la otra parte de este mismo remanente está establecida en la tierra.

Estas dos compañías no son ni el remanente de las doce tribus, ni la gran multitud de salvos de las naciones que vemos en el capítulo 7, sino las dos partes del remanente de Judá.

Una de ellas, la parte celestial, que sin duda es aquella que habrá sufrido el martirio durante la gran tribulación, es completamente diferente de la Iglesia unida con los santos del Antiguo Testamento resucitados y glorificados, aunque se encuentran representados todos juntos por los ancianos y los cuatro seres vivientes que rodean al “Cordero inmolado” en la gloria.

En efecto, el cántico nuevo sale de la boca de esta compañía celestial resucitada, delante del trono y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos. La otra parte, la compañía terrenal, está considerada como el cortejo del Cordero ubicado sobre el monte de Sion —según lo que dice el Salmo 2: “Yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte”— antes de que su reino, con la nueva Jerusalén y el templo, sea oficialmente reconocido y establecido.

Estos ciento cuarenta y cuatro mil los hallábamos ya representados tipológicamente por los valientes de David. De estas dos compañías, la primera canta en el cielo un cántico nuevo y lo enseña a la segunda para cantarlo en la tierra.

Así, estas dos esferas donde se canta el cántico, se unen una a la otra. De modo que tanto en el cielo como en la tierra hay unanimidad para celebrar el reino del Hijo de David, del Mesías de Israel.

Esta escena nos da pruebas del importantísimo lugar que Israel ocupa en los designios de Dios, tal como, por otro lado, se da testimonio de ello en todo el libro del Apocalipsis.

Pero lo que este pasaje resalta, ante todo, es el hecho de que el Cordero inmolado, en medio del trono, en la gloria celestial, y el Hijo de David, coronado en el monte de Sion, son la misma persona, digna de las mismas alabanzas.

Conclusión

Después de esta exposición, quizá algo extensa, pero que esperamos que haya sido provechosa y edificante, nos parece que resultan evidentes las siguientes observaciones:

1.º) El contenido del cántico nuevo se nos da, propiamente, sólo en Apocalipsis 5:9-10. Allí, los santos glorificados reconocen al Cordero inmolado, como el único digno de dar libre curso a los caminos finales de Dios para con este mundo, para establecer un reino donde todas las cosas, en los cielos y en la tierra, serán reconciliadas con Dios. Ellos celebran la redención de toda tribu, pueblo, lengua y nación, mediante la sangre del Cordero. Proclaman el título de reyes y sacerdotes celestiales, que el Cordero da a sus amados, y el reino terrenal que será la parte de los redimidos.

2.º) El cántico en sí no es idéntico en las diversas oportunidades en que se canta, y la escena que brinda la ocasión de cantarlo determina su carácter. Así, en el Salmo 33 se basa en la obra de la redención, tal como en Apocalipsis 5; y en el Salmo 40 está basado en la resurrección de Aquel que nos asocia a su propia alabanza. Así también, en los Salmos que le siguen, el cántico nuevo celebra el albor y, finalmente, el establecimiento definitivo del reino personal de Cristo, al cual él asocia a sus amados.

3.º) Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir, comprobamos que, propiamente hablando, hay varios cánticos nuevos, en el sentido de que ellos son sólo reproducciones parciales del cántico nuevo que, según Apocalipsis 5, entonan en la gloria todos los redimidos.

Finalmente, en cuanto al significado del término en sí, abordamos a las siguientes conclusiones:

1.º) El cántico nuevo siempre está en relación con la nueva escena en la cual han entrado aquellos que lo cantan. Así, pues, en el capítulo 5 del Apocalipsis es cantado por los santos resucitados y transportados al cielo y a la gloria. En los Salmos y en Isaías es entonado, ya sea por el remanente de Israel o por las naciones, en la tierra renovada y purificada por los juicios.

2.º) El cántico nuevo está siempre en relación con el nuevo carácter que revisten aquellos que lo cantan. Brota de la boca de los santos celestiales de todas las épocas, resucitados y glorificados. Surge de la boca del remanente terrenal de Israel que, por el arrepentimiento, es conducido a la restauración final. Sale de la boca de las naciones que, habiendo recibido el Evangelio del reino y abandonado a sus ídolos, habrán sido salvados por la recepción de este Evangelio. Agreguemos, para completar el cuadro, que sale de la boca de los mártires del remanente, resucitado y glorificado, en relación con el remanente de Judá que habrá de vivir en la tierra alrededor del Mesías, coronado como Rey en Sion (Apocalipsis 14).

3.º) Pero el cántico nuevo celebra, ante todo, los nuevos caracteres de Cristo y las nuevas glorias que reviste. Celebra su victoria y su triunfo, sus dignidades, su reino en el cielo y en la tierra, sus derechos y sus glorias manifestados públicamente, y a los cuales asocia a sus redimidos; celebra los resultados eternos de su sacrificio y, finalmente, de su resurrección, que termina con el antiguo orden de cosas para introducir un orden de cosas totalmente nuevo.

Él es, pues, el único objeto del cántico nuevo, que lo celebra bajo todos Sus gloriosos aspectos y en su triunfo final sobre todo lo que se opone a Su reino. Pero además, en el Salmo 40, en la boca de Cristo hombre, el cántico nuevo celebra al Dios que lo resucitó de entre los muertos. Si, pues, el cántico nuevo, visto bajo estos diferentes aspectos, no tiene ni la misma escena para desplegarse, ni el mismo coro para cantarlo, nosotros hallamos que siempre es el cántico de la victoria de Cristo: Victoria sobre la muerte, victoria en la resurrección, en el juicio y en el establecimiento del reino.

Autor: H.R.

(Libro) Riquezas Inescrutables

Donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. (Colosenses 3:11)

Prefacio

Los capítulos que siguen y que componen este volumen no son conferencias (aunque el escritor puede haber hablado ocasionalmente acerca de estos mismos temas) ni notas de conferencias. Se trata de estudios o meditaciones por escrito; y por cuanto le han sido de ayuda al mismo escritor, se aventura a esperar que puedan ser también útiles para la edificación de sus lectores.

Son muy sencillos, y por ello mismo apropiados para la comprensión de los más sencillos santos de Dios. Por ello, no se ha dado nada por supuesto, porque el escritor ha llegado a la convicción, tras una cierta experiencia, de que es un error suponer que los oyentes o lectores ya no necesitan una reafirmación de verdades fundamentales. Se tiene que añadir que cada capítulo está completo en sí mismo, y que por ello mismo no se han evitado repeticiones si con ello el tema tratado podía ser hecho más inteligible y completo.

El tema es uno: es el mismo Cristo; y nadie sentirá más profundamente que el escritor cuán débil ha sido su intento de presentar algunas de las relaciones que Él tiene con Su pueblo. Pero es provechoso estar ocupados con Cristo en cualquier medida; y es la oración del autor que el Señor condescienda a emplear estas páginas para conducir a los Suyos a un creciente conocimiento de Él mismo, y que así Él pueda glorificarse a Sí mismo ministrando bendición a Sus santos en conformidad a Su corazón. ¡Y a Su nombre será toda la alabanza!

Índice

I. Cristo nuestro Salvador

II. Cristo nuestro Redentor

III. Cristo nuestro Señor

IV. Cristo nuestro Pastor

V. Cristo nuestra vida

VI. Cristo nuestro alimento

VII. Cristo nuestro Sumo Sacerdote

VIII. Cristo nuestro Abogado

IX. Cristo nuestro objeto

X. Cristo nuestro ejemplo

XI. Cristo nuestra paz

XII. Cristo nuestra Cabeza

XIII. Cristo nuestra esperanz

Cristo es Todo.

Los capítulos que siguen y que componen este volumen no son conferencias (aunque el escritor puede haber hablado ocasionalmente acerca de estos mismos temas) ni notas de conferencias. Se trata de estudios o meditaciones por escrito; y por cuanto le han sido de ayuda al mismo escritor, se aventura a esperar que puedan ser también útiles para la edificación de sus lectores.

Son muy sencillos, y por ello mismo apropiados para la comprensión de los más sencillos santos de Dios. Por ello, no se ha dado nada por supuesto, porque el escritor ha llegado a la convicción, tras una cierta experiencia, de que es un error suponer que los oyentes o lectores ya no necesitan una reafirmación de verdades fundamentales. Se tiene que añadir que cada capítulo está completo en sí mismo, y que por ello mismo no se han evitado repeticiones si con ello el tema tratado podía ser hecho más inteligible y completo.

El tema es uno: es el mismo Cristo; y nadie sentirá más profundamente que el escritor cuán débil ha sido su intento de presentar algunas de las relaciones que Él tiene con Su pueblo. Pero es provechoso estar ocupados con Cristo en cualquier medida; y es la oración del autor que el Señor condescienda a emplear estas páginas para conducir a los Suyos a un creciente conocimiento de Él mismo, y que así Él pueda glorificarse a Sí mismo ministrando bendición a Sus santos en conformidad a Su corazón. ¡Y a Su nombre será toda la alabanza!

Capítulo I

Cristo como nuestro Salvador.

Este es el primer carácter bajo el que Cristo es conocido. Los títulos y las glorias de Hijo de Dios, Hijo del Hombre, el Cristo de Dios, etc., son todos ellos de los que tenemos poco o ningún conocimiento hasta después de haber sido capacitados, por la gracia de Dios, para conocerle como Aquel que suple nuestra necesidad como pecadores, y para asirnos de Él por la fe como nuestro Salvador. Entonces, en paz con Dios, nuestros corazones quedan liberados, y, conducidos por el Espíritu Santo, nos deleitamos en seguir, estudiar y gozar de cada aspecto en el que Él es presentado para nuestra contemplación en las Escrituras. Este orden es mantenido en el evangelio de Mateo. Así, cuando el ángel se presentó ante José, para instruirlo en su perplejidad acerca de María, le dijo: «Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1:21). Es cierto que tenemos Su linaje regio y Su concepción milagrosa expuestos con anterioridad; pero, con todo, el primer anuncio acerca de Él es en Su carácter de Salvador. Así sucede en la Epístola a los Romanos. Después de la salutación e introducción, tenemos primero de toda la exposición del estado y la necesidad del hombre —sea gentil o judío—; inmediatamente después se introduce la sangre de Cristo como provisión para la culpa del hombre, esto es, Cristo como Salvador. «Porque no hay

diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Ro 3:22-26).(1)

Así, al considerar a Cristo como Salvador, se incluyen principalmente dos cosas: Su persona y Su obra. Además de esto, está la acción de Dios al resucitarle de entre los muertos y ponerlo a Su diestra. Pero esto es más bien declarativo, siendo la respuesta de Dios a lo que Cristo había hecho —la valoración de Su obra por parte de Dios, de lo que le era debido a Aquel que le había glorificado en la tierra, y acabado la obra que le había dado que hiciera (Jn 17:4). Por ello Dios a una lo exhibe y declara como Salvador en virtud de Su obra acabada —en virtud de la cruz.

La persona de Cristo como el Salvador es lo primero que puede atraer nuestra atención. En las Escrituras ya citadas Su persona demanda la precedencia. Así, en Romanos es «el evangelio de Dios acerca de su Hijo, ... (cito conforme al orden verdadero) que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor» (Ro 1:1-4). En Mateo se dice también de Él que es el Hijo de David, el hijo de Abraham (Mt 1:1), y luego que es engendrado del Espíritu Santo, antes de ser anunciado como el Salvador. Es la persona la que atrae nuestra mirada antes que podamos considerar Su obra. Pero no es así con el pecador. Como norma, primero aprende el valor de la obra de Cristo antes de considerar la verdad acerca de Su persona. El bendito Señor mismo, antes de Su conversación con Nicodemo, declara primero la misteriosa dignidad de Su persona, y luego proclama Su rechazamiento y muerte. «Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna» (Jn 3:13-15).

Hay, pues, dos facetas en la persona de Cristo. Él fue Dios manifestado en carne. «Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Jn 1:14). El Verbo era el Hijo Eterno, y el Hijo Eterno devino hombre. Era así Dios y hombre —una unión de extremos que no era posible en nadie más, y haciendo a Su persona tan insondable, tan incomprensible, que Él mismo dijo: «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre» (Mt 11:27). Pero es esencial que nos aferremos tanto a Su verdadera divinidad como a Su igualmente verdadera humanidad. Porque si no hubiera sido verdadero hombre, no hubiera podido ser sacrificio por el pecado; y si no hubiera sido Dios, Su sacrificio no hubiera podido ser capaz para todos. Satanás sabe esto, y por ello, en todas las edades, ha tratado de minar una u otra de estas verdades,

insinuando dudas en ocasiones acerca de Su humanidad, y en ocasiones acerca de Su divinidad. Pero es la gloria de la persona de Cristo que Él es a la vez divino y humano, que Él es, en Su singular persona, a la vez Dios y hombre. Esta verdad se encuentra en el fundamento de la redención, y más aún, le da su carácter.

¡Cuán inmenso el campo que se abre a nuestra contemplación! Siguiendo a Cristo en Su caminar aquí abajo, desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario, vemos las manifestaciones tanto de lo humano como de lo divino. Al contemplar Su humilde apariencia: «De tal manera fue desfigurado su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres» (Is 52:14); al observarle en compañía de Sus discípulos, y verle fatigado y reposando, comiendo y bebiendo, llorando con los que lloraban (Jn 11), y durmiendo, también, sobre un cabezal en la popa del barco (Mr 4:38), no podemos dudar que Él era hombre. Fueron, en verdad, las pruebas de Su humanidad las que, saltando a la vista, confundieron a Sus adversarios, creándolos a Sus más altas reivindicaciones.

Por otra parte, las evidencias de Su divinidad no son menos claras para el ojo ungido. ¿Quién sino Dios podía sanar al leproso, abrir los ojos del ciego, levantar al muerto a la vida, y controlar los vientos y las olas? Por ello le dijo Él a Felipe, respondiendo a su petición de mostrarle al Padre: «¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras» (Jn 14:10, 11). Y lo que Él era, lo que se declara en las Escrituras que Él es, es, si es posible, aún más concluyente: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn 1:1, 18). De Él se declara que es «el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia» (He 1:3). En otra Epístola Él es descrito como «la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (Col 1:15-17). Consideremos además Sus propias palabras: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14:9); «Yo y el Padre uno somos» (Jn 10:30); «De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy» (Jn 8:58); y ¿quién puede dudar que Él afirmó ser divino? (2)

Nunca podremos bendecir a Dios suficientemente por los cuatro Evangelios, en los que se funden estos dos aspectos de la persona de Cristo. Por ello, son lo más profundo de todas las Escrituras, porque contienen el despliegamiento de una vida divina-humana. Es indudable que en la superficie las narraciones son sencillas, pero al ser conducidos por el Espíritu de Dios, comenzamos a descubrir que hay profundidades en las que nunca habíamos ni soñado, y en las que debemos poner la

mirada, y mantenerla atenta, si queremos observar los tesoros que en ellas se contienen. Y cuanto más familiarizados estemos con su contenido, tanto más impresionados estaremos con la majestad de la persona de Cristo como el Dios-hombre, Dios manifestado en carne. Y no se debería olvidar nunca que no puede haber estabilidad allí donde hay incertidumbre acerca de la persona de nuestro Salvador. ¡Qué fuerza le da al alma poder decir (para citar el lenguaje de otro): «¡Los pilares de la tierra reposan sobre aquel Hombre que fue menospreciado, escupido y crucificado!» Es el conocimiento de lo que Él es, no menos (si no más) que el de lo que Él ha hecho, lo que llena nuestros corazones de confianza, adoración y alabanza. Porque en verdad Él es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén (Ro 9:5).

Podemos ahora pasar a la obra de Cristo. Por ella generalmente entendemos lo que Él cumplió en la Cruz —Su muerte. En una perspectiva más amplia de la misma, se incluiría Su vida, así como Su muerte; pero hay una amplia y esencial distinción entre estas dos cosas. Fue sólo en Su muerte que Él llevó los pecados de Su pueblo (3) (1 P 2:24). Su vida reveló lo que Él era, mostrando, si podemos así decirlo, Su aptitud para ser ofrenda para el pecado, y demostró que Él era el Cordero sin tacha ni contaminación —el Cordero de Dios; pero fue sobre la cruz solamente que tomó el lugar del pecador, afrontando todas las justas demandas de Dios, soportando la ira por el pecado. Es la sangre la que hace la expiación (Lv 17:11; véase también Lv 1, 2 y 16). Por ello, fue sólo sobre la cruz que Dios trató con Cristo acerca de la cuestión del pecado y de los pecados. Todo a través de Su vida, aunque fue «Varón de dolores, experimentado en quebranto», reposó en la conciencia del amor y de la sonrisa del Padre; jamás se interpuso una nube entre Su alma y Dios. Pero cuando Él estuvo en la cruz, hubo un cambio total; porque allí fue donde fue hecho pecado; y en la insondable angustia de Su espíritu, cuando le cubrieron todas las ondas y las olas de Dios, clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27:46). Fue así abandonado por Dios —abandonado debido al puesto que Él tomó voluntariamente como sacrificio por el pecado. Así, en aquel terrible momento, Dios estuvo tratando con Él, en lugar de con nosotros, acerca de la cuestión del pecado; aunque jamás fue Él más precioso para Dios que entonces, porque fue en la cruz que Él demostró Su obediencia hasta lo sumo. «Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar» (Jn 10:17).

Así, fue en la cruz —mediante el derramamiento de Su sangre, y ciertamente por todo lo que sufrió allí, por Su muerte, que fue llevada a cabo la expiación. Por ello, antes de que «habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu», clamó por anticipación: «Consumado es» (4). Entonces quedó consumada aquella obra que tanta gloria dio a Dios que Él salva sobre esta base, y es justo por ello, más aún, es glorificado, al salvar a todo el que cree. Todas las bendiciones de todos los redimidos, la bendición milenaria de la tierra, la reconciliación de todas las cosas, la eterna felicidad de los santos de todas las dispensaciones, la perfección de los

nuevos cielos y de la nueva tierra —todas estas multiformes bendiciones y diversas glorias fluirán de la obra consumada de Cristo.

Esta obra, para hablar generalmente, tiene dos aspectos: para con Dios, y para con el hombre. El aspecto primero, y podríamos añadir que el esencial, es para con Dios. Así, en el gran día de la expiación, la sangre de la ofrenda por el pecado era llevada dentro del velo, y rociada «hacia el propiciatorio al lado oriental; hacia el propiciatorio esparcirá con su dedo siete veces de aquella sangre» (Lv 16:14). Esto fue hecho tanto con la sangre del becerro que era la ofrenda por Aarón y su casa (un tipo especial de la Iglesia como la familia sacerdotal de Dios), y también con la sangre del macho cabrío de la expiación por Israel. Sin entrar aquí en las diferencias características y en los detalles de estos sacrificios, el punto que quiero apremiar es que en ambos casos la sangre era para Dios. No digo (porque esto sería olvidar otras Escrituras) que la sangre nunca es para nosotros, pero aquí es enteramente para Dios; porque en verdad era rociada delante, así como sobre el propiciatorio, y rociada allí siete veces, de manera que cuando el adorador se allegaba podía encontrar su perfecto testimonio en presencia de Dios. Pero seguía siendo para Dios, habiéndose hecho con ella la expiación conforme a las demandas de Su santidad, y de la justicia de Su trono. Hacía propiciación por los pecados del pueblo. Así es con Cristo: «Y él es propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por todo el mundo» (1 Jn 2:2, Besson). Por ello, la eficacia de la sangre de Cristo es en conformidad a su valor a los ojos de Dios; y es infinita. Así, si la sangre derramada sobre el propiciatorio podía por una parte hacer propiciación por los pecados de Su pueblo, por la otra, debido a su indecible valor delante de Dios, por cuanto Él ha sido glorificado por ello, y a tal costo, ha venido a ser la base sobre la que Dios puede actuar en gracia con todo el mundo, y enviar a Sus siervos con el mensaje implorante: «Reconciliaos con Dios». «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna» (Jn 3:16).

El otro aspecto al que hemos aludido es el de la sustitución—prefigurada en el macho cabrío vivo. Después de haber sido rociada la sangre, según la instrucción divina, se dice: «Hará traer el macho cabrío vivo; y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto» (Lv 16:20-22). Esto se corresponde de manera precisa con lo que tenemos en Romanos. Al final del tercer capítulo Cristo es expuesto como el propiciatorio por la fe en Su sangre (v. 25), y luego, al final del capítulo cuarto leemos: «El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (v. 25). Así, no sólo ha sido hecha la propiciación ante Dios por medio de la sangre de Cristo, sino que, si somos creyentes, podemos decir que Él fue entregado por nuestras transgresiones, que Él

ha llevado nuestros pecados sobre Su propio cuerpo en el madero, llevándolos lejos a una tierra no habitada —dejándolos allí— donde ya no pueden ser más hallados; porque si Él fue entregado por nuestras transgresiones, ha sido resucitado para nuestra justificación.

Se puede añadir otra cosa. Nuestro pecado, así como nuestros pecados, ha sido todo ello tratado en la cruz. «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne» (Ro 8:3). Así, no sólo Dios ha sido glorificado, sino que todo el caso —tanto la necesidad como el estado del pecador— queda cubierto por la muerte de Cristo. La verdad de todos los sacrificios queda incluido en ello —el holocausto así como la ofrenda por el pecado, el cordero pascual así como los sacrificios del día de la expiación. Todo esto eran meras figuras, sombras del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, sombras de aquel un sacrificio que fue cumplido en el calvario en la consumación de los siglos. Pero es sólo después de conocerle como Salvador que aprendemos estas cosas. Entonces, en paz con Dios, nos deleitamos, como nos deleitaremos a través de toda la eternidad, en contemplar la muerte de Cristo, y en seguir, aunque ahora podamos verlo sólo en parte, los maravillosos contornos de la obra que llevó a cabo, y sus múltiples relaciones tanto con Dios como con nosotros.

La resurrección de Cristo tiene un sentido particular y especial. «A éste,» dice Pedro, «entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuera retenido por ella» (Hch 2:23, 24). Y destaca una y otra vez el hecho de que Dios ha resucitado y exaltado a Su diestra a Aquel a quien ellos habían rechazado y crucificado. (Véase Hch 3:14, 15; 4:10; 5:30, 31). También el Apóstol Pablo enfatiza la misma verdad (véase Hch 13:27-31; 17:31, etc.; también Ro 4:24, 25; 1 Co 15; Ef 2; etc., para su enseñanza doctrinal acerca de toda la cuestión de la resurrección de Cristo). En lo que quisiera detenerme aquí es en que la resurrección de Cristo fue la declaración de satisfacción por parte de Dios con Su obra, que el ponerle en la gloria a Su diestra fue la expresión de la estimación que Él hizo de su valor—la respuesta de Su corazón al gran valor de Aquel que lo había hecho, así como a los derechos que Cristo había adquirido ante Él por ello. Nuestro mismo bendito Señor presenta esta verdad. Cuando el traidor hubo salido a solas para llevar a cabo su malvada obra, Él dijo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará» (Jn 13:31, 32). Así, cuando en el capítulo diecisiete toma Su lugar en espíritu más allá de la cruz, alega Su obra como constitutiva de un derecho obtenido ante el Padre, de glorificarle a Él con la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese (vv. 4, 5). Y ciertamente la justicia de Dios fue exhibida al glorificar a Aquel, poniéndolo a Su diestra, que para glorificarle se hizo «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2:8-10). Pero este hecho tiene otra voz para

el creyente. Si Cristo llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo en el madero, y descendió a la muerte bajo la ira y el juicio que nos eran debidos, el hecho de Su resurrección por Dios demuestra, y ello de manera indiscutible, que nuestros pecados nos han sido quitados. Porque, ¿dónde está nuestro sustituto? En la gloria de Dios. Entonces, si Él está en la gloria de Dios, sabemos no sólo que nuestros pecados han quedado atrás, sino también que Dios reposa en perfecta complacencia en Aquel que los expió mediante Su muerte, por cuanto Él ha recibido el lugar supremo en el cielo. En palabras de otro: «No puedo ver la gloria de Cristo ahora sin saber que soy salvo. ¿Cómo llega Él allí? Él es un hombre que ha estado aquí abajo entre publicanos y pecadores, amigo de los tales, escogiéndolos como compañeros. Él es un hombre que ha llevado la ira de Dios debido al pecado; Él es un hombre que ha llevado mis pecados en Su propio cuerpo en el madero (hablo del lenguaje de la fe); Él está ahí, como habiendo estado acá abajo en medio de las circunstancias y bajo la imputación de pecado; y sin embargo es en Su rostro que veo la gloria de Dios. Lo veo allá en consecuencia de haber quitado mi pecado, porque Él ha cumplido mi redención. No podría ver a Cristo en la gloria si hubiera una tacha o mancha de pecado no quitadas. Cuanto más veo la gloria, tanto más veo la perfección de la obra que Cristo ha cumplido, y de la justicia en la que soy acepto. Cada destello de aquella gloria se ve en la faz de Uno que ha confesado mis pecados como Suyos, muriendo por ellos en la cruz, de Uno que ha glorificado a Dios en la tierra, llevando a cabo la obra que Su Padre le había dado que hiciera. La gloria que veo es la gloria de la redención. Habiendo glorificado a Dios con respecto al pecado —“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”— Dios le ha glorificado consigo mismo allí. Cuando le veo en aquella gloria, en lugar de ver mis pecados, veo que están quitados. Veo mis pecados puestos sobre el Mediador. He visto mis pecados confesados sobre la cabeza del macho cabrío de expiación, y que han sido llevados fuera. Y de tal manera ha sido Dios glorificado respecto a mi pecado (esto es, en respecto a lo que Cristo ha hecho por causa de mis pecados), que éste es el derecho que Cristo tiene de estar allá, a la diestra de Dios. No temo mirar a Cristo allá. ¿Dónde están ahora mis pecados? ¿Dónde se pueden encontrar, en el cielo o en la tierra? Veo a Cristo en la gloria. Una vez estuvieron sobre la cabeza de esta bendita Persona; pero se han ido, y no pueden ya ser hallados más. Si lo que yo viera fuese, por así decirlo, un Cristo muerto, podría temer que mis pecados pudieran volver a ser hallados; pero con Cristo viviente en la gloria, es en vano buscar. El que los llevó todos ha sido recibido al trono de Dios, y ningún pecado puede ser hallado allí».

Como conclusión, podemos preguntar: ¿cómo quedamos vinculados a Cristo? Por medio de la fe. «El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (Jn 3:36). Una vez más, «El que cree en mí, tiene vida eterna» (Jn 6:47). «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa» (Hch 16:31). «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro 5:1). Dios, en el evangelio, nos presenta a Cristo, de quien hemos hablado, como el Salvador. Es por ello el evangelio de la gloria de Cristo (2 Co 4:4), así como de la gracia de Dios. Al

recibir Su testimonio, inclinándonos ante Él en juicio de nosotros mismos, ejercitando arrepentimiento para con Dios y fe para con nuestro Señor Jesucristo, somos salvados, unidos a Cristo, y traídos a Dios con toda la aceptación que Cristo mismo tiene. Cada creyente es así asociado con Cristo delante de Dios, y es traído al goce de todo lo que Cristo es por nosotros, así como de todas las bendiciones que Él ha asegurado para nosotros por medio de Su meritoria muerte y resurrección. ¡Cuán indeciblemente bendito es, entonces, poder decir, por el Espíritu de Dios, Cristo nuestro Salvador. Querido lector, ¿puedes tú reclamarlo como tal? Si no, ¡cuán indeciblemente penosa es tu posición! Pero Dios, incluso ahora, en los tiernos anhelos de Su gracia, se encuentra contigo, al dirigir tu mirada a Cristo a Su diestra, proclamando en Su palabra: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna». Si puedes llamarle tu Salvador, entonces no tenemos palabras para expresar tu bienaventuranza; pero podemos recordarte la obligación en que te encuentras por ello mismo de hacer patente, por tu palabra y vida, que eres salvo, y de testificar de aquella gracia que te ha llamado de las tinieblas a la maravillosa luz de Dios.

Autor: E.D.

«¡Oh Salvador, que Tú a Ti me atraigas!
Así yo sin fatiga correré;
Que con gentil palabra me consueles;
Mi único anhelo seas Tú.
Todo temor y peso en Ti reposar;
En calma al saber que Tú cerca estás.

«¿Qué es lo que yo en tu amor no poseo?
Luz en mi noche, de día mi sol,
En la tierra seca Tú mi manantial,
Mi vino de gozo, pan de sostén,
Mi fuerza, mi escudo y gran protección,
¡Tú mi vestido ante el trono de Dios!»

Notas del Capítulo 1.

1. No se debe olvidar que el Señor Jesús sólo puede presentarse como Salvador sobre la base de una redención consumada. Por ello, a este respecto, Él es primero Redentor, y luego Salvador. Pero aquí hablamos del orden de nuestra comprensión.

2. Cuando hablamos de las pruebas de la Deidad de nuestro Señor, siempre me ha parecido que, si se concede todo lo que Él afirma, se debe conceder que Él es Dios. Por ejemplo, si creemos en Él, acudimos a Él, le amamos y le servimos como Él demanda, le hacemos divino: porque si fuera sólo un hombre, sería un atentado contra las demandas de Dios que Él demandase de nosotros, o que nosotros diésemos, lo que Él en efecto nos demanda.

3. Somos bien conscientes de la controversia suscitada por este pasaje. Con la intención de mantener unos puntos de vista particulares, algunos han pretendido que epitoxulon, tomado con el verbo se debería traducir como «hacia el madero». Pero no sólo se demuestra esta postura carente de base por el uso mismo de las palabras, sino que toda la enseñanza de la Escritura acerca de la doctrina de la expiación está en directa oposición a la misma.

4. Se usa el término «por anticipación», porque Su muerte todavía no había sucedido. Pero todas las cosas estaban ya consumadas. (Véase versículos 28-30.).

Información sobre la Revista Cristiana Notas Bíblicas.

1. Estimado lector y hermanos en Cristo siéntase en la plena libertad de compartir la revista y utilizar los textos como el Señor le presente el deseo de su corazón, si utiliza estos textos para su difusión o reimpresión les regamos que no sean editados en su contenido en ninguna forma (solo a excepción de tener errores de edición) además de contar con la previa aprobación de la Editorial Cristiana Notas Bíblicas o la fuente original del texto, todo esto llevara a una conducta cristiana genuina, para la honra del Señor y el servicio a Él.
2. Todos los escritos que se encuentran publicados en la revista, carecen totalmente de derechos de autor por la editorial Cristiana Notas Bíblicas y donde posean derechos de autor, será indicado al pie de página (página del texto).
3. Los escritos publicados en la revista, se encuentran aprobados previamente desde donde fueron extraídos y serán indicados al pie de página (página actual).
4. Los autores de los textos son nombrados por sus iniciales al final del cuerpo de escritos, pero serán presentados en su totalidad al pie de página (página actual).

Descripción completa de los escritos con su autor y fuente del texto.

La Biblia. - Autor: John Nelson Darby, (Extraído de www.palabradeverdadycordura)

Las tres Personas de la Trinidad. - Autor: Paul Fuzier, (Extraído de www.creced.ch)

La palabra salvación en las Escrituras. - Autor: Anónimo (Extraído de www.graciayverdad.net)

La oración de los justos. - Autor: Tom Hadley, (Extraído de www.granosdevida.cl)

Cantico nuevo. - Autor: Henry Rossier, (Extraído de www.lecturasbiblicas.org)

Riquezas inescrutables. - Autor: Edward Dennett, (Extraído de www.sedin.org)

Estimado lector, la publicación de esta revista se sustenta con la oración y el servicio al Señor, es por esta razón que se solicita sus oraciones a Dios, para que esta labor pueda seguir su curso, mientras esperamos el Señor desde los cielos.

Revista Cristiana



Lecturas de Literatura y Edificación Cristiana

Para toda Información acerca de la revista dirigirse a:

Adriano Felipe Contreras (Editor)
Comuna de Coronel
región del Bio-bio
Chile

Email: contacto@notasbiblicas.cl

www.notasbiblicas.cl

Editorial Cristiana Notas Bíblicas.